

LA UNIVERSIDAD y LA
INVESTIGACIÓN ACADÉMICA
COMO VOCACIÓN POR LA
VERDAD



PBRO. DR. CARLOS RUBÉN
TERCEIRO-MUÑOS

SAN LUIS 2004

A.D. mmiV TERCER MILENIO DE
LA REDENCIÓN DE CRISTO

LA UNIVERSIDAD Y LA INVESTIGACIÓN ACADÉMICA COMO VOCACIÓN POR LA VERDAD

Queridos amigos:

1 Hay momentos de la vida en que la reflexión se hace profundamente necesaria. Más aún, no se trata de un momento puntual sino de un estilo de vida. Reflexionar como un estilo de vida. Sobre todo, si siendo seres pensantes por naturaleza, nada ha de ser más lógico y natural que hacer uso de nuestra maravillosa capacidad mental para trascender los estrechos límites de la condición humana y remontarse así a las alturas de la contemplación.

2 El pensamiento humano ha tenido, en el imponente decurso de su historia, una inquietud radicalmente innovadora al conceder a la búsqueda de la verdad el primado esencial y duradero de su incansable ajetreo.

3 Para los antiguos filósofos de la hélade, el deseo de conocer el universo circundante, o quizá el todavía más apasionante universo interior humano, impulsaba la reflexión por los senderos infinitos de la inteligibilidad. Es verdad que pueden parecer irrisorias algunas de sus conclusiones sobre la íntima naturaleza de las cosas o sobre otras cuestiones, que hoy, en el

mundo contemporáneo, son adquisición irrenunciable de los avances tanto científicos como tecnológicos de la humanidad. Pero, más allá de las concretas manifestaciones o conclusiones de aquellas personas del pasado, se descubre ante nuestros ojos la belleza de un ideal de nobleza humana sin igual, el afán de saber y el amor a la búsqueda del conocer como un ápice supremo digno del hombre, sobre todo si este conocimiento lleva al amor, a mejorar la condición humana. Son atractivos para el corazón humano los senderos inmensos del conocimiento...

4 Por ello, quien se detenga a considerar por un instante la inconsistencia de una postura anti-histórica, podría comprobar de persona que no sería posible conocer acabadamente algo o alguien sin referirse a su vida, a su historia inmediata, a su universo mental. En otras palabras, es verdad que podemos hacer a menos del pasado, pero perderíamos esa esencial referencia con nuestras raíces. La historia, ya lo decía Cicerón, es “*Madre y Maestra de vida*”,¹ ella es la

¹ Cicerón: “Historia (vero) testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vita, nuntia vetustatis” [La Historia es testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de vida, embajadora de las cosas antiguas] (*De Oratore*, L.II, cap. 9, 36), por ello, en el pensamiento del mismo Cicerón, Ignorare quid antequam natus sis acciderit, id est semper esse puerum” [Ignorar lo que ha sucedido antes de tu nacimiento es permanecer siempre un niño -"puer"-] (IDEM., *Orator ad Brutum*, 34, 120), pues ella nos invita a rastrear en el pasado las raíces del presente.

vida de la memoria, es el encuentro personal con un mundo que ya no es, pero que todavía es suficientemente capaz de transmitir a los que vendrán algo de su potente y misteriosa vida, y que a partir de allí se proyecta desde el presente hacia el futuro...

5 Es verdad, por otra parte, que ni todo es historia, ni solamente existe la historia. Ella misma es testigo de la increíble capacidad de trascenderse que posee el corazón humano. El hombre es un ser que insaciablemente busca el infinito, la meta-historia de la trascendencia. Lleva dentro de sí la inquietud por la totalidad. No se detiene ante lo efímero del presente y de las cosas concretas, ya que una vez poseyendo alguna, no se contiene ni apaga su deseo de un “*más y mejor*”.

6 Aquel gran pensador que fuera Aristóteles de Estágira consideraba digno de nota el hecho que nuestra inteligencia es en cierto sentido, todas las cosas, pues puede conocerlas a todas (“*anima est quodammodo omnia*” -*De Anima*²-, traducida para el mundo medieval Guillermo de Moerbeke). Es como si las poseyera con un movimiento que va desde las cosas hasta nuestra mente, donde las cosas mismas adquieren una existencia más digna por el solo hecho de haber sido conocidas del hombre. La inteligencia humana

² *De Anima*, L1, 1. Cfr. *In De Anima*, de S. Th.

dignifica con su conocer las realidades del mundo circunstante, pero esto no basta...

7 Aristóteles parece indicarnos, además, que el universo mental del hombre no es cerrado sino abierto al total despliegue de sus potencialidades. No es que podamos conocer sólo una cosa. Podemos conocer todo cuanto es posible de ser conocido. Si no tuviera otros méritos, por esta sola intuición el Filósofo de Estágira pasaría a ocupar un lugar preeminente en el podio de los personajes ilustres de la historia del pensamiento humano. Pues, si conocer una cosa inferior al hombre no dignifica tanto al hombre mismo -en cuanto que las cosas conocidas al ser poseídas por la inteligencia humana alcanzan una entidad de calidad inteligible, superior a la que poseen en la misma realidad-, ¿qué sucedería al hombre si intentara conocer y amar una realidad superior y más digna que él?.

8 Otro gran interrogante del pensamiento antiguo que nos parece no encuentra plena satisfacción en los autores de la antigüedad.

9 Si consideramos con sinceridad que Dios, como quiera que lo concibamos, ha creado el hombre, es lógico pensar que este deseo infinito o inquietud de saber inconmensurable que posee el corazón humano, fue puesto allí por Él mismo, y es como una especie de participación o comunión de apertura con el Infinito. Conocerle, entonces, es dignificar al hombre en busca

de una realidad superior a sí mismo. Y con el conocimiento viene el amor y la verdadera felicidad.

10 Por otra parte, si tenemos en cuenta que para el mundo antiguo, que no conoció la Revelación, el ideal emblemático del espíritu de la cultura helénica sobre las aspiraciones supremas del conocimiento y felicidad del hombre, Sócrates, en el Protágoras de Platón, lo hacía coincidir con las palabras esculpidas en el frontispicio del templo de Apolo en Delfos: “Conócete a ti mismo (Γνωθι σεαυτον)”³, ideal que los latinos tradujeron en “*Nosce te ipsum*”⁴, podemos también intuir cuán lejos de una visión donal de la vida divina se encontraba en el pesimismo del mundo pagano, que quizás encontró aquí su más noble expresión así como su propio límite al considerar al hombre mismo y no a Dios el centro indiscutido del universo.

³ PLATÓN, Protágoras, 343 B, en *Platone, Tutti gli scritti, a c. di Giovanni Reale*, ed. Rusconi, 1991, p. 836. Sócrates se refiere al Templo de Delfos (Grecia continental) del dios de la luz (Febo= de *foibos*: puro, fulgido, luminoso) de la música y el canto, Apolo, quien era consultado por medio de un oráculo, cfr. KARPODINI-DIMITRIADI E., *Grecia (Archeologia e storia)*, ed. EKDOTIKE ATHENON, Atenas 1990, p. 60. Sobre la mitología en torno al tema de la revelación oracular del dios Apolo, citado por Sócrates, cfr. POTENZA, M. C.-SCALABRELLA, S., *La mitología clásica*, ed. Studium, Roma 1987, pp. 83-86.

⁴ CICERÓN, *Tusculan. Quaest.*, I., 22

11 Sobre su naturaleza, Festugière nos dice que este “pesimismo es connatural a todo ser ardiendo por el deseo de vivir desde el momento en que mide la distancia entre aquello a que aspira y aquello que en realidad obtiene. Pero una visión pesimista de las cosas no conduce necesariamente a la inacción. El alcanzar un objetivo puede ser difícil, la conquista de la felicidad puede requerir un duro esfuerzo, pero es precisamente tal esfuerzo a demostrar la nobleza del hombre. Nunca el hombre es tan grande ni se afirma tan bien en su naturaleza humana como cuando manifiesta su fuerza e inteligencia, sea soportando las adversidades sea triunfando sobre la mala suerte o el destino. El pensamiento griego está atravesado por una corriente “hercúlea”. El mito de héroe dórico nace de las profundidades mismas de la raza desde sus orígenes: desde entonces, en la Grecia feudal de Píndaro, en la Atenas de Pericles, victoriosa y dominadora, en la Atenas de Conon y de Timoteo, vencida por Esparta pero todavía orgullosa y pronta a retomar las fuerzas, en la Atenas de Demóstenes y luego en los Filósofos de la Estoa y -por medio de la influencia que ellos ejercitaron- en todo el mundo civilizado hasta el ocaso del paganismo, siempre, de siglo en siglo, Hércules y sus fatigas conservarán valor de modelo. Marco Aurelio paragona el sabio a los escollos marinos que las olas

cubren pero no mueven (IV, 49, 1⁵); Plotino recuerda a los Gnósticos que el Sabio rechaza los golpes de la suerte con la fuerza del ánimo (II, 9, 18); Salustio afirma que la mejor recompensa para el hombre virtuoso es la conciencia de haber obedecido solamente a si mismo, conformando la vida a los propios principios (*De dis. et mundo*, 21).

12 Por consiguiente, el pesimismo hacia la vida no llevó a los Griegos a una doctrina del renunciamiento: al contrario, unido a un coraje natural, suscitó una moral de la lucha y del esfuerzo. Mientras la Polis fue libre, este esfuerzo fue enteramente puesto a su servicio. Cuando vino a faltar aquella estructura de la ciudad que, al menos por tres siglos, había dado al hombre griego el medio para realizarse acabadamente, aconteció una crisis de amplias proporciones²⁶.

⁵ Tambien es de el Emperador Filósofo la frase: "*En ninguna parte puede encontrar el hombre un retiro más tranquilo y menos agitado que en su propia alma.*». Pensamientos.

⁶ "Il pessimismo è connaturato ad ogni essere che arda dal desiderio di vivere fin dal momento in cui misura la distanza tra ciò cui aspira e ciò che in realtà ottiene. Ma una visione pessimistica delle cose non conduce necessariamente all'inazione. Il raggiungimento dello scopo può essere difficile, la conquista della felicità può richiedere un duro sforzo, ma è appunto tale sforzo a dimostrare la nobiltà dell'uomo. L'uomo non è mai così grande, né mai si afferma altrettanto bene nella sua umana natura come quando manifesta la sua forza, sia sopportando le avversità sia trionfando sulla malasorte. Il pensiero greco è attraversato da una corrente 'erculea'. Il mito dell'eroe dorico è scaturito

13 Por ello, la promulgación del Evangelio en el siglo primero era la proclamación de la Buena Nueva de salvación, es decir, la liberación del pecado y del infortunio, gracias al amor de Dios manifestado en el don de su Hijo, respondía a la ansiosa espera de todos los hombres “*sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte, a fin de enderezar sus pasos por el camino de la paz*” (Luc. 1:79).

14 Tinieblas espesas y trágicas, si damos crédito a los documentos literarios que nos han llegado de los Lucrecio y Petronio, de los Juvenal y Marcial, de

dalle profondità stesse della razza fin dalle sue origini: da allora, nella Grecia feudale di Pindaro, nell'Atene di Pericle, vittoriosa e dominatrice, nell'Atene di Conone e di Timoteo, vinta da Sparta ma ancora fiera e pronta a riprendere le forze, nell'Atene di Demostene e poi nei filosofi della Stoa e -attraverso l'influenza che essi esercitarono- in tutto il mondo civilizzato fino al tramonto del paganesimo, sempre, di secolo in secolo, Eracle e le sue fatiche conserveranno valore di modello. Marco Aurelio paragona il saggio allo scoglio, che i flutti ricoprono ma non smuovono (IV, 49, 1); Plotino ricorda agli Gnostici che il saggio respinge i colpi della sorte con la forza d'animo (II, 9, 18); Sallustio afferma che la miglior ricompensa per l'uomo virtuoso è la coscienza di avere obbedito soltanto a sé stesso, conformando la vita ai propri principi (*De dis. et mundo*, 21). Di conseguenza, il pessimismo verso la vita non portò affatto i Greci a una dottrina della rinuncia: anzi, unito a un coraggio naturale, suscitò una morale della lotta e dello sforzo. Finché la polis fu libera questo sforzo fu interamente messo al suo servizio. Quando venne meno quella struttura della polis che, per almeno tre secoli, aveva fornito all'uomo greco il mezzo per realizzarsi compiutamente, intervenne una crisi di ampie proporzioni" (FESTUGIÈRE, A. J., *Epicuro e gli dèi*, ed. Coliseum, Milan 1987, pp. 1-2).

los Suetonio y Apuleyo. Se hubiera asistido en el mundo grecorromano del primer siglo de nuestra era a la quiebra de las costumbres políticas, caracterizadas por la ambición, la crueldad y el cinismo, así como a la decadencia de la moralidad privada: egoísmo irrefrenable, prodigalidad y lujo extravagante de los ricos, desprecio de los débiles, búsqueda encarnizada de los placeres, libertinaje sin límites, el matrimonio objeto de burla; el adulterio y el raptó, hechos comunes y corrientes; la multiplicación de los divorcios y de los homicidios, el aborto o la exposición de los niños, la satisfacción hasta la saciedad de todas las pasiones, los amores homosexuales, el pillaje, una epidemia de suicidios. Pero estas evocaciones son de todas las épocas, y los documentos privados -epitafios, papiros, grafitos- nos aseguran que la virtud florecía en buen número de hogares paganos⁷ y que los grandes corazones no eran la excepción.

15 Lo que es cierto es que el hombre reflexivo se preguntaba sobre el sentido de la vida, su derecho a la felicidad y la manera de conducir su existencia. La “conciencia”, al principio de la era cristiana, se afina singularmente; ya no es alguna horrible divinidad vengadora, sino una exigencia del bien y de la

⁷ Baste recordar las últimas palabras de agradecimiento del emperador Augusto a su mujer, después de cincuenta y dos años de matrimonio: "*Adiós Livia, guarda el recuerdo de nuestra unión*".

honestidad, que quiere ordenar la acción del hombre conforme a un ideal presentido con bastante nitidez.

16 Pero he aquí que el dolor, inherente a la existencia misma, se abate sobre esas almas que tritura sin piedad: los hombres traicionados u oprimidos en una sociedad hostil; la madre que llora a su hijo; la mujer que ha perdido a su marido; la angustia del pan cotidiano, ciudades y campos devastados por las guerras civiles o extranjeras, o por las calamidades naturales; el peso de la vejez que va rompiendo uno por uno todos los vínculos de la vida, el desorden de todo y la evidente impotencia de liberarse de esos males.

17 Herodoto hace decir a un Persa, que prorrumpe en sollozos al pronunciar estas palabras: “No hay peor tormento para los hombres que el ver claro, sin poder hacer nada”—.

El poeta Simónides observa: *“La fuerza del hombre es pequeña, ninguno de sus proyectos tiene éxito; su corta vida no es sino pena sobre pena, y la muerte, la inevitable muerte pende sobre él”*; pasamos como pasan las hojas y nuestros pensamientos son vanos.

“Innumerables son las desgracias del hombre, escribe Hesíodo. La tierra está llena de males... Las enfermedades nos asediar, de día y de

noche; silenciosas, nos asaltan, portadoras del infortunio. Nadie escapa a su destino”.

*“Todos, mientras vivimos, no somos más que fantasmas, una vana sombra” (Sófocles).
“¡Raza de mortales, vuestra vida es igual a la nada! Sí, realmente, ¿quién ha conocido felicidad distinta de la ilusión que se forja? La ilusión se disipa y él vuelve a caer” (Idem).*

“Gozamos poco tiempo de nuestros años de juventud, así como el sol brilla poco tiempo sobre la tierra. Tan pronto como han terminado, vale más morir inmediatamente que seguir viviendo, porque mil males asedian nuestra alma... No hay un solo hombre a quien Zeus no envíe mil desgracias” (Mimnermo de Colofón).

¿Quién puede reír en el camino del suplicio? Jugamos, ciertamente, pero nos aboga el miedo a la esclavitud; sí, reímos, pero oprimidos por el miedo a la muerte”. Por consiguiente, si el dolor alcanza a todos los mortales, si el desorden es la ley de este inundo y si no puede recobrase el ánimo, “más le vale al hombre no haber nacido y, si ha nacido, volver lo más pronto posible al reino de la noche” (Aristóteles).

18 Todos estos temas de la fatalidad y de la muerte, de la pena de vivir, del abandono de los dioses;

en una palabra, esa soledad del hombre que va como titubeando en la noche, es el fondo del pesimismo griego.⁸

19 ¿De dónde vendría el auxilio y cómo sanar de estos males? En verdad, no faltaban los pródigios en fórmulas: Gozad, decían los unos; sufrid, decían los otros; vivid para vosotros mismos o, al contrario, entregaos y si es necesario sabed sacrificaros por los otros.

20 Pero, ¿cómo vencer esta desolación, ese tedio de la vida y, sobre todo, adoptar una actitud moral, perfectamente gratuita, que no exige ninguna razón ni ninguna esperanza? El problema estriba precisamente en saber por qué es necesario reaccionar en contra de ese desfallecimiento.

21 Todos quieren ser felices, pero *“¿para qué? Si el esfuerzo y la experiencia nos demuestra el fracaso? Nadie, mientras está cansado y bastiado, se digna levantar los ojos hacia las regiones luminosas del cielo”* (Lucrecio).

⁸ A. J. FESTUGIERE, *L'Idéal religieux des Grecs et l'Évangile*, Paris, 1932, pp. 163-164. del cual hemos tomado varios de los textos precedentes. Completar con Fr. C. GRANT, *Hellenistic Religions*, Nueva York, 1953; E. STAUFFER, *Le Christ et les César*, Colmar Paris, 1956. *"El cristianismo aportaba el testimonio de la verdad en el seno de un mundo falso, y por eso prevaleció sobre las antiguas religiones paganas"* (p. 229).

22 En efecto, se admite comúnmente, que una fatalidad inexorable, sin inteligencia ni amor, dirige todo. Es el destino (heimarméne), la necesidad (ananké), la suerte inflexible (moira), ante la cual *“aun los dioses abandonan la lucha”*.

23 Ni ellos pueden salvar al mortal cuando lo alcanza la temida suerte, y tienen que llorar la pérdida de los seres que les son queridos. Cada uno recibe su parte, que no es posible cambiar; sólo queda sufrirla o aceptarla; en consecuencia, el mundo es como una prisión sin luz, y cada alma siente que está encadenada. En lugar de la libertad, atributo de reyes, que es de suyo, patrimonio de los seres espirituales, el hombre se forja una mentalidad de esclavo sometido a los crueles caprichos de un tirano.

24 Por supuesto que cada uno reacciona en forma diferente, según su temperamento y las diversas contingencias.

Epicuro, de ordinario más inspirado, se atreve a escribir: *“El principio y la raíz de todo bien es el placer del vientre”*, y aún: *“Escupo sobre la moralidad y sobre las vacuas admiraciones que se le atribuyen, pues no produce ningún placer”*. A lo más, se toma el partido de vivir en la indiferencia, como aquel difunto que hizo inscribir sobre su tumba: *“No era, fui; he sido, ya no soy, eso es todo”*.

“Ob alma mía, no aspire a la vida inmortal; es preferible agotar el campo de lo posible”
(Píndaro).

Entre los mejores, algunos se esfuerzan por lograr la *ataraxia*, estado del alma exento de inquietud, de deseo y de pasión: ya no pensar, ya no sentir:

“Duérmete, mi bebé, y que duerma el mar, y que duerma también nuestro inmenso infortunio”
(Simónides).

Otros se refugian en el escepticismo:
“Somos el juguete de vanas fábulas” (Eurípides);

“Todo languidece poco a poco y marcha hacia la tumba, agotado por la longitud del camino de la vida” (Lucrecio).

25 Pero un gran número sucumbe ante la angustia y la desesperación. Con la certidumbre de ser entregado, sin defensa, al imperio de fuerzas nefastas, se quisiera huir de la prisión y de las tinieblas y evadirse a otro mundo. Se busca una razón de vivir y se aspira a la liberación, a la “salvación”.

26 Intervienen aquí, no solamente las innumerables religiones que pululan en todo el imperio -religión imperial de los “dioses salvadores”, cultos

domésticos y tradicionales, divinidades orientales: egipcias, sirias, frigias, misterios dionisiacos y otros sino también los maestros del pensamiento del mundo antiguo: filósofos, retóricos, gramáticos, sofistas y aun astrólogos y magos, tales como ese Elimas, especie de capellán del procónsul de Chipre, Sergio Paulo (Hech. 13:6-8), o el médico charlatán Asclepiades, o por fin, alquimistas como Zósimo.

27 Piedad y especulación, misticismo y racionalismo se unen o se suceden para dar cuenta del orden del mundo, de las razones de vivir, y responder al llamado de los hombres hacia la seguridad y la felicidad.

28 Estos “intelectuales” son, o bien auténticos sabios, instruidos en las ciencias naturales y físicas, que buscan los poderes y los procedimientos de la naturaleza; o bien oradores puramente literarios de estilo ampuloso y declamaciones vacías.

29 Casi todos tienen un alma de teólogo en busca de verdades superiores; pretenden ser poseedores de oculta sabiduría y beneficiarios de revelaciones que les permiten descubrir los secretos del futuro.

30 Algunos caen en la hechicería y en vulgares supersticiones. En tanto que los filósofos estoicos se hacen directores de conciencia y tratan de alcanzar un fin de educación moral -¿cómo fortificar el alma,

soportar el dolor, despreciar la muerte?-, el mago (goes), a veces calificado de “sabio”, es al mismo tiempo taumaturgo, hechicero y encantador, y pretende asegurar el auxilio de los poderes celestiales en contra de los espíritus de las tinieblas.

31 Así como en Palestina, los fariseos -especialistas en el conocimiento de la Ley y en su compleja jurisprudencia- desprecian al vulgo, al “pueblo de la tierra”, ignorante, que no puede ser piadoso, ya que es incapaz de conocer y de observar cada iota de la Thora, también los “peritos” o “gnósticos” griegos, escudados en su erudición y en su especialización en las ciencias místicas, presumen ser los poseedores de la única sabiduría, del único conocimiento salutífero inaccesible al profano (cf. 1 Cor. 2:1).

32 ¿Cómo podría descubrir la verdad un alma de buena voluntad entre tantos maestros, tantas academias, que san judas calificará de alucinados y de astros errantes, *“cuya boca está llena de palabras ampulosas y que lisonjean a las gentes por interés”* (judas, 16)?

Ya Sócrates dirigía a Hippias este reproche: *“Que vosotros, los Sabios, estéis sujetos a las variaciones, es una cosa terrible para nosotros, porque de nada nos servirá recurrir a vosotros, ya que no seremos sacados de nuestras incertidumbres”* (Platón, Hipp. min. 376 c).

San Agustín evocará trescientas cincuenta opiniones de los filósofos sobre el “Soberano Bien”. Pero al fin de tantas especulaciones e inútiles investigaciones, el escepticismo crece. Muchos letrados estiman que los dioses viven en un estado de perfecta felicidad, pero que son indiferentes a los asuntos humanos; no se ocupan de los mortales que son aplastados por la piedra del destino y son triturados por los dientes de la muerte (Lucrecio): No hay Providencia.

Otros enseñan que la tierra está separada radicalmente de los cielos y que no se puede entrar en relación con la divinidad trascendente. Finalmente aparecen los “ateos”, impíos y sacrílegos, que niegan la existencia misma de los dioses: *“O bien Dios quiere suprimir los males y no puede; o quiere y puede. Si quiere y no puede, carece de fuerza, lo cual no es propio de Dios; si puede y no quiere, nos odia, lo que no es menos contrario a Dios; si no puede ni quiere, no tiene fuerza ni amor, y consecuentemente, no es Dios; si quiere y puede -y es la única solución que es propia de Dios- ¿de dónde nacen los males y por qué no los suprime?”* (Epicuro). ¡Dios ha muerto!

33 Hay más que una atroz blasfemia en estas

reflexiones demasiado superficiales, la confesión de la quiebra radical de la humanidad que piensa.

34 Estos filósofos y retóricos paganos -que corresponden a los profesores, publicistas y pseudo-periodistas, de nuestros días, a quienes se reserva el título pomposo de “intelectuales”⁹, -perdieron a sus oyentes y discípulos. En tanto que la inteligencia está hecha para descubrir la verdad y la boca para proclamarla, se equivocaron y publicaron sus mentiras. Ciegos y guías de ciegos, malos pastores, tienen la terrible responsabilidad de haber desviado de Dios a la humanidad entera, no obstante que eran aptos para conocerla y que por sus dones eran los indicados para instruir a sus compañeros de infortunio.

35 Desde el principio de la Epístola a los Romanos, san Pablo estigmatiza con severidad extrema la influencia catastrófica de estos maestros del error, tanto más, cuanto que *el desconocimiento del verdadero Dios -como ya lo había enseñado el libro de la Sabiduría 14:12-13- está en el origen de todas las perversiones morales:*

“La cólera de Dios se revela desde lo alto del cielo

⁹ “Los novelistas más mediocres, pero que gozan de alguna notoriedad, están tan infatuados de sí mismos que no pierden la ocasión de firmar manifiestos en que juzgan los problemas en apariencia mas ajenos a su arte” (J. RIMAUD. Pseudochronique d'éducation, en Etudes, oct. 1956, p, 105).

contra toda impiedad y toda injusticia de los hombres, que tienen a la verdad cautiva en la injusticia; porque lo que se puede conocer de Dios está manifiesto para ellos: Dios, en efecto, se los ha manifestado. Desde la creación del mundo, lo que tiene de invisible se deja vera la inteligencia a través de sus obras, su eterno poder y su divinidad, de suerte que son inexcusables; puesto que habiendo conocido a Dios no le han rendido como a Dios ni gloria ni acciones de gracias, sino que han perdido el sentido en sus razonamientos, y su corazón carente de inteligencia se ha entenebrecido: en su pretensión de sabiduría, se han vuelto locos y han trocado la gloria del Dios incorruptible por una representación, simple imagen de hombres corruptibles, de pájaros, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo tanto Dios los entregó según los deseos de su corazón, a la impureza en que envilecen a sus propios cuerpos; ellos, que han cambiado la verdad de Dios por la mentira, han adorado y servido a la creatura de preferencia al Creador, que es bendito eternamente. Amén”.

“Por lo tanto, Dios los entregó a pasiones degradantes: pues sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por las relaciones contrarias a la naturaleza; de igual manera los hombres abandonando el uso natural de la mujer han ardidado de deseo los unos por los otros, perpetrando la infamia de hombre a hombre y han recibido en sus personas el inevitable salario de su extravío.

Y como no juzgaron bueno conservar el verdadero conocimiento de Dios, Dios los ha entregado a su espíritu sin juicio para hacer lo que no conviene: henchidos de toda injusticia, perversidad, codicia, malicia, no respirando sino envidia, homicidio, disputa, engaño, malignidad, difamadores, detractores, enemigos de Dios, insultadores, orgullosos, jactanciosos, ingeniosos en el mal, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales, sin corazón, sin piedad, no obstante de que conocen bien el veredicto de Dios que declara dignos de la muerte a los autores de semejantes acciones; no solamente las hacen, sino que aun aprueban a quienes las cometen”¹⁰

¹⁰ Rom, 1, 18-32. Cf. el comentario de A. FEUILLET, *La connaissance naturelle de Dieu par les hommes d'après Rom. 1, 18-23*, en *Lumière et Vie*, 1954, pp. 207-224; H. BIETENHARD, *Natürliche Gotteserkenntnis der Heiden?*, en *Theologische Zeitschrift*, 19,56, pp. 275-288; y L. CERFAUX, *Le monde païen vu par Saint Paul* (en *Recueil L. Cerfaux, Gembloux*, 1954, 11, pp. 415-423) que hace notar la simpatía del Apóstol para sus contemporáneos (cf. sin embargo el horror de Pablo por la idolatría ateniense, *Hech. 17:16*). Pero precisamente. lo fundamental de la argumentación de Rom. 1 es *la denuncia de la responsabilidad de los pensadores*, y no la condenación de los valores morales y espirituales del mundo pagano. No se ha hecho notar lo suficiente que este primer capítulo es ya una apología de la salvación por la fe (1:16-17) y no por las especulaciones filosóficas y religiosas (cf. *Mat. 11:25*), menos aún por los vanos discursos. Rom. 1:18 y sigs. se refiere a los "griegos" y a los "sabios" de los versículos 14 y 16. que no serán salvados sino por la pura obediencia al Evangelio (versículo 17).

36 No se puede leer esta requisitoria sin quedar impresionado por su concordancia con las diatribas de los autores profanos. San Pablo no emplea tintes más sombríos que los usados por los letrados del paganismo para pintar a sus contemporáneos.

37 Pero se recordará sobre todo su condena de los pensadores -no tienen excusa- y lo que debe llamarse el pecado de intelectualismo o “traición de los doctos”, tan grave en sus secuelas deshonrosas y que provoca la cólera divina.

38 Una auténtica ciencia de Dios era accesible a las luces de la razón, que puede descubrir al Creador en su universo, al autor en su obra (Hech. 14: 15-17; 17:24-27). De hecho, los “filósofos”, o bien han quitado a Dios del mundo y, en consecuencia, se han hecho incapaces de darle un sentido, o han caído en el politeísmo y la idolatría, abyectas caricaturas del Único (Sab. 14:12-14). Puesto que la inteligencia es, la facultad más alta en el hombre, los pecados del espíritu son los más graves de todos.

39 Ahora bien, para la fe, el objeto privilegiado del conocimiento es Dios. Si los pensadores “no han conocido a Dios”, han cometido la peor de las perversiones y, en las tinieblas así acumuladas, se han desencadenado todos los desórdenes morales.

40 El pecado de intelectualismo, según san Pablo,

no es solamente el pecado de los Maestros que ignoran la verdad, cuando su misión es descubrirla, sino una forma de escándalo: el mayor crimen después de la apostasía. Los que tienen por misión enseñar y que deben guiar a los menos dotados, los arrastran al error.¹¹

41 Sin duda, un gran número de entre ellos eran de buena fe y sus equivocaciones pueden tener excusa; pero la publicidad que se da a un sueño absurdo autoriza interpretaciones y provoca realizaciones monstruosas. Los maestros que no son perfectos forman necesariamente malos discípulos; una ligera desviación inicial conduce a los peores extravíos...(*"parvus error in principio magnus erit in finem"*)

42 El Antiguo Testamento y el mismo Señor habían denunciado las mentiras de los falsos profetas, de los lobos. San Pablo, al advertir los estragos que causan, pondrá vigorosamente a los cristianos en guardia contra su prestigio y sus doctrinas¹².

¹¹ La exégesis de san Jerónimo: "Esos primogénitos de los Egipcios me parecen ser las teorías de los filósofos, por medio de las cuales retenían a los hombres que habían engañado, como en una red" (Ep. 78:3) hacen eco, para nuestra época, las reflexiones de J. CONILH. *Les aventures de la philosophie de l'esprit*, en *Esprit*, n° 7-8, 1956, pp. 20-39.

¹² Cf. 1 Tim. 4:7; 5:13; Tit. 1:11. 13. 2:15; 2 Tim. 2:23; 3:5. Según 1 Cor. 1:20; 2:6, Dios ha llamado a los escudriñadores y a los "polemistas".

43 El Apóstol pinta, en las Cartas Pastorales, un retrato que vale para todos los siglos, especialmente para el nuestro, pero sobre todo para precavernos en nuestra tarea docente-Universitaria. Se caracterizan por su independencia, su indocilidad y su obstinación -no se convence a un intelectual que confía en su genio-; se desvían de la verdad, se resisten y se oponen a ella y están privados de ella; son unos descarriados ¹³.

Hinchados de vanidad y de ambición (1 Tim. 6:4), pretenden llegar a un alto conocimiento y erigirse en doctores, aun cuando nada sepan¹⁴; pues, aun cuando siempre estén estudiando -son especialistas en las cosas del espíritu-, son incapaces de alcanzar la verdad (2 Tim. 3:7), y *“no comprenden lo que dicen ni lo que afirman categóricamente”* (1 Tim. 1:7); en consecuencia son impostores (2 Tim. 3:13).

Se perdonaría a un sabio que trabaja en el silencio de su oficina y sigue una pista falsa; pero esos intelectuales son grandes charlatanes y razonadores vanos, publicistas inveterados.

¹³ 1 Tim, 1:6; 6:5, 21; Tic. 1:14; 3:11; 2 Tim. 2:18; 3:8; 4:1, 4, 15.

¹⁴ 1 Tim. 1:7; 6:20; Tit. 1:16; 2 Tim. 4:3.

Tienen el prurito de la propaganda y del proselitismo, recorren el mundo en busca de nuevos auditorios; aman la controversia y la polémica; “remueven las ideas”¹⁵, tanto que sus producciones se propagan como la gangrena, trastornando las ideas sanas de sus lectores y de sus oyentes¹⁶. ¿Cómo no fustigar semejante impostura? Son “seductores” (Tit. 1:10); en suma, espíritus falsos, enfermos, sin buen sentido, verdaderos locos, incapaces de preferir

¹⁵ Santo Tomás de Aquino, en un sermón pronunciado en julio de 1270 en la Universidad de París, pone en guardia a esos profesores que “estudian filosofía” y enseñan cosas que no son ciertas a juicio de la fe. Cuando se les hace notar que sus exposiciones son contrarias a la verdad de la fe, responden que no han hecho otra cosa sino citar las palabras de Aristóteles, pero que ellos nada afirman. Tal es el falso doctor o el falso profeta, porque es lo mismo suscitar una duda sin resolverla que sostenerla por propia cuenta. Es lo que señala el Ex. en 21:33-34: “*Si un hombre cava un pozo y lo deja abierto o si destapa una cisterna y no la vuelve a cubrir y cayese un buey o un asno, el responsable de la cisterna está obligado a indemnizar al propietario de la bestia que hubiera muerto*”. Ahora bien, destapa una cisterna aquel que suscita alguna duda en materias relativas a la fe. No tapa la cisterna si no resuelve la duda, aún si conserva -por lo que a él se refiere- el espíritu claro y sano y no cae en el error. En efecto, el oyente que no tenga el espíritu claro será completamente inducido a error. En consecuencia, el profesor que ha suscitado una duda está obligado a la restitución, puesto que por su culpa cayó en el lazo su oyente (edición P. UCCELLI, *S. Thomae Aquinatis et S. Bonaventurae Balneoregionensis Sermones anecdoti*, Módena, 1879, P. 71).

¹⁶ 1 Tim. 1:6; 6:4; Tit. 1:11. 3:9; 2 Tim. 2:13. 17. 18; 3:6

una doctrina sana y equilibrada¹⁷.

44 No son éstas únicamente diatribas apostólicas, eran la convicción de los creyentes. Las Actas de los Mártires romanos consignan que, bajo el emperador Cómodo, el cristiano Apolonio, arrastrado delante del tribunal del procónsul, se ve obligado a oír los argumentos de un filósofo de moda. Responde: “*En la boca del hipócrita, la verdad misma se transforma en vana palabrería y en blasfemia*”. Los mártires darán su vida proclamando: “Hemos encontrado la verdad”, aquella que no es de este mundo; como el obispo Fileas que respondió a su juez: “Muerdo por Dios y por la verdad”.

45 Frente a estos especulativos, escritores y conferencistas, que engañan a las almas, Dios ha fundado una Iglesia destinada a ser “la columna y el sostén de la verdad” (1 Tim. 3:15). La salvación no vendrá de los intelectuales, sino de los predicadores; no de las investigaciones ni de los juegos del espíritu sino de un hecho, de la persona de Jesucristo.

46 Por ello, siguiendo al Apóstol de los Gentiles, nos parece razonable considerar que sucede cuando la Revelación ilumina este aspecto de superación que posee el corazón humano y que se nos mostró en el

¹⁷ 1 Tim. 6:5; Tit. 1:13; 2 Tim. 2:26; 3:9; 4:3-4.

espíritu griego.

47 En efecto, así como las realidades soberanas del orden sobrenatural no son conocidas y, consiguientemente, amadas, más que cuando son reveladas por el amor eterno del Padre, así, podemos afirmar que aquel antiguo ideal helénico del conocimiento de sí -que puede ser considerado como una profunda exigencia de la condición humana de todos los tiempos-, sólo es plenamente posible en la gracia de Cristo, epifanía del amor eterno del Padre por el género humano. El “*Nasce te ipsum*” de los griegos se transforma en el “*Dilige et quod vis fac*” (In Io. Ep. tr. 7, 8) de San Agustín, pero en Cristo y desde Cristo en el Espíritu Santo hacia el Padre Dios. El conocimiento y el amor que perfeccionan la relación de la comunión trinitaria del hombre con Dios.

48 Así, en la actual economía de la salvación, conocerse a sí mismo, en su totalidad y desde el punto de vista de la revelación sobrenatural, sólo es posible en Cristo, que revela a todo hombre aquello que el hombre es, como pusiera de manifiesto el Concilio Ecuménico Vaticano II en su Constitución Pastoral sobre la Iglesia y el Mundo, *Gaudium et Spes*¹⁸.

¹⁸ Cristo, el Hombre nuevo: “En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta

49 De modo que meditando el tema de la gracia de nuestra vocación académica e investigadora, vocación universitaria (del latín “Universitas”, o sea, ambiciosa comprensión del universo, de la totalidad de lo real) se trata, en cierto modo de comprender cómo somos transformados interiormente por la luz de la gracia de Cristo el Maestro por excelencia.

50 En este sentido, si consideramos el objetivo que nos hemos propuesto al afrontar el misterio de nuestra vocación y su correspondiente período formativo universitario, hemos de decir al menos una cosa: la finalidad de esta meditación no será, pues, la de dar una solución exhaustiva al problema del misterio de la vocación a la docencia y las distintas áreas de la formación, sino evidenciar principios y elaborar reflexiones que puedan ayudar a focalizar mejor el tema, declarando aquello que nos parece ser lo más formal en las áreas educativas y que es el amor que conduce al Amor y de la Verdad que nos hará libres, afirmando la amplitud y belleza de las realidades

plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona" (Concilio Vaticano II, 7/12/1965, *Constitución Pastoral sobre la Iglesia y el Mundo, GAUDIUM ET SPES* (GS), n° 22., en *Enchiridion Vaticanum* Vol. 1 - Doc. Concilio Vaticano II (1962-1965), n° 1385, en *MAGISTRA, Banca Dati di Documenti ecclesiali, Centro editoriale Deboniano*, Bologna, edizioni *Messaggero Padova*, Unitelme Padova.

implicadas del don inmerecido de la vida divina que promana del sacerdocio eterno del Cristo Docente hasta nosotros.

51 Pues como toda realidad divina y sobrenatural el misterio de Cristo sigue la ley general del conocimiento sobrenatural que no es abarcable en un término, ni menos en un solo concepto, como no lo es tampoco el Ser divino de quien participamos, en el orden sobrenatural, como hijos de Dios por la vida de gracia. Si, como investigadores, académicos que como hijos de Dios, escrutamos el microcosmos y el macrocosmos de la Creación del Padre, en busca de la Verdad que dignifica nuestras existencias, sabiendo de antemano que el mismo Padre de los cielos nos ayuda iluminando y amándonos como hijos suyos que somos!¹⁹.

52 Conocemos la incapacidad expresiva o mejor, comprensiva de nuestra mente cuando tratamos de

¹⁹ En efecto sólo Dios se comprende a sí mismo perfectamente pues “*Tanta est autem virtus Dei in cognoscendo, quanta est actualitas eius in existendo*, quia per hoc quod actu est, et ab omni materia et potentia separatus, Deus cognoscitivus est, ut ostensum est. Unde manifestum est quod tantum seipsum cognoscit, quantum cognoscibilis est. Et propter hoc seipsum perfecte comprehendit “ [tanta es la potencia de Dios conociendo cuanta es su actualidad existiendo, ya que por ser acto, y estar separado de toda materia y potencialidad, Dios es cognoscitivo (de por sí), como se ha manifestado antes. De donde es claro que se conoce tanto a sí mismo cuanto es cognoscible. Y por ello se comprende a sí mismo perfectamente] (*S. Th.*, I, q. 14, a. 3c.).

acercar nuestro espíritu a realidades tan soberanas y sublimes como aquellas del orden natural o del orden sobrenatural de la gracia, incomparablemente superior, inicio y fundamento de la plenitud de la vida cristiana para los llamados, y que se concluye en la gloria²⁰.

53 Pero también sabemos que esta verdad del Cristo Maestro nos atañe en lo más profundo de nuestras vidas, pues nos sentimos llamados a descubrir la imagen de Jesús que el Padre ha plasmado en nuestras vidas. Este descubrir a Cristo es encontrar la verdad sobre nosotros mismos y sobre nuestra condición. Forma parte de nuestras vidas y significa el sentido total de nuestra entrega. Pero ¿cómo buscar esta verdad si es tan importante? ¿cómo encontrarla?

54 Sabemos que toda verdad, como tal, es en cierto sentido, un bien, y la Verdad en sentido integral (la que

²⁰ De aquí nace una particular atención a la integridad de los temas a tratar, o sea, de la conexión de los misterios sobrenaturales entre sí y con la razón natural. Se trata de investigar con la razón, pero iluminada por la fe: "*Ac ratio quidem, fide illustrata, cum sedulo, pie et sobrie quærit, aliquam Deo dante mysteriorum intelligentiam eamque fructuosissimam assequitur tum ex eorum, quæ naturaliter cognoscit, analogia, tum e mysteriorum ipsorum nexu inter se et cum fine hominis ultimo. Divina enim mysteria suapte natura intellectum creatum sic excedunt, ut etiam revelatione tradita et fide suscepta ipsius tamen fidei velamine contacta et quadam quasi caligine obvoluta maneant, quamdiu in hac mortali vita 'peregrinamur a Domino: per fidem enim ambulamus et non per speciem' [2 Cor. 5,6 ss.]*" (CONCILIO VATICANO I, *Constitutio de Fide Catholica, cap. 4, De Fide et Ratione, DS 1796*).

finalmente conduce al Amor) es el bien supremo por excelencia para el hombre que está llamado a realizar en todas sus acciones para que éstas sean plenamente dignas de su condición. Incluso la posesión y el compartir la misma se presentan como el único fundamento de la verdadera convivencia y de la amistad genuina. Pues es propio de los amigos discurrir y discutir para llegar a la verdad, al punto tal que sólo la caridad puede tolerar la opinión equivocada del amigo, que si bien es cierto que no se acepta por amor a la verdad, sin embargo es por el amor al que la verdad nos lleva que elegimos la convivencia (y no la connivencia) que fomenta el diálogo y la búsqueda de los bienes que nos acomunan, sabiendo que tarde o temprano la fina armonía universal de la verdad se ejecutará en nuestros corazones, si no le ponemos el obstáculo de nuestra arrogancia. Verdad, entonces, se puede conjugar con amistad, pues una purifica a la otra. Entonces la tarea académico-investigativa es una cuestión de amor a la verdad y comunión de amistad por alcanzar la verdad científica para comunicarla a los demás. Es el fruto social o aporte de la universidad a la comunidad a la que sirve investigando²¹.

²¹ En el comentario a la *Ética* de Aristoteles, Santo Tomás dirá: "Improbare opinionem amici, non est contra veritatem, quæ quæritur principaliter in scientiis speculativis... Et quamvis universaliter, ratione pertinente ad omnes homines, veritas sit præferenda amicis, specialiter tamen hoc oportet facere philosophis, qui sunt professores Sapientiæ, quæ est cognitio veritatis" [desaprobar la opinión de los amigos, no es contra la verdad, la que se busca

55 Se trata, entonces, de una tarea común que informa y vivifica todas las áreas de la formación universitaria y que nos impulsa a fomentarla en un clima de amistad: es el conocimiento de la verdad sobre el tema de la vocación de investigadores recurriendo también a la historia del pensamiento humano, pues es claro que investigar la verdad, como adecuación entre la inteligencia y la realidad²², sobre cualquier tema, descubrirla, es fundamentalmente una empresa fascinante y connatural a nuestra alma, pues es ínsito en el espíritu humano el deseo de saber²³.

56 La dimensión comunitaria de ésta búsqueda se manifiesta en la Universidad en otro hecho

principalmente en las ciencias especulativas...Y aun cuando en modo universal, la razón pertenece a todos los hombres, la verdad ha de ser preferida a los amigos, y esto es específica tarea de los filósofos, que son profesores de la Sabiduría, que es el conocimiento de la verdad] (*In I Ethic.*, lect. 6, n. 75-76).

²² Sobre la noción de verdad en Santo Tomás como adecuación entre intelecto y realidad, cfr. *De Ver.*, q. 1, a. 1.

²³ "...naturaliter desiderium hominis inclinatur ad intelligendum" [naturalmente el deseo del hombre se inclina a entender](*In Met.*, lect. 1, n. 3). En el Comentario al Evangelio de San Juan extenderá a todos los hombres el deseo de verdad y felicidad: "...naturali desiderio ad beatitudinem et veritatis cognitionem, quam omnes homines natura scire desiderant" [el deseo natural por la beatitud y el conocimiento de la verdad, que todos los hombres desean por naturaleza] (S. Tomás, *In Ioan. Evangelium.*, Cap. XX, Lect. I, Par. III^a, [n^o 2480]).

significativo. Para encontrar la verdad y plenificar así nuestras almas y nuestros corazones, nadie, por muy competente que sea, se basta a sí mismo. Necesita de la colaboración de los demás, y siempre puede y debe aprender de ellos: amar la verdad, querer conocerla, supone también la humildad de recibir de otro lo que no podemos hacer por nosotros mismos²⁴. El alumno recibe primero del Maestro, el Maestro de otro, y antes fue alumno. En otros términos, la verdad, para adquirirla, se presenta como un bien no solamente personal sino también comunitario. Se trata de trabajar en equipo. Bajo este punto de vista, la universidad se presenta como una comunidad educativa y educadora cuya intrínseca finalidad es ayudar a descubrir el rico patrimonio del conocimiento humano y cristiano que la Iglesia está llamada a prolongar en cada vocación, ayudado, no sólo de la Revelación, sino también de la experiencia de las vidas ejemplares de tantos

²⁴ "Auditus necessarius est ad Sapientiam, -ut dicitur- Eccli. 6,34: «*si dilexeris audire sapiens eris*»; et etiam est necessarius sapienti, secundum illud Prov. 1,5: «*audiens sapiens sapientior eris*». Similiter cuilibet est necessarius, *quia nullus ita sapiens est quin instruat ab alio*: quia, si audit bona, iuvatur recipiendo; si audit mala, iuvatur ad cognoscenda meliora" [El escuchar es necesario a la Sabiduría - como dice el Eccli 6,34: "si amas oír serás sabio" ; y también es necesario al Sabio, según aquello de Prov. 1,5: "el que oye al sabio se hará más sabio". De modo semejante es necesario a cualquiera -que emprenda el camino del conocimiento- ya que nadie es tan sabio que no sea intruido por otro: ya que si escucha cosas buenas, recibiendo es ayudado; si escucha cosas malas, es ayudado para conocer cosas mejores] (*In Ps.*,42 n.1).

investigadores quienes, verdaderamente entregados con pasión a su tarea, en el silencio humilde del claustro o del laboratorio o de la biblioteca han contribuido enormemente al progreso y dignidad del género humano redimido por Cristo.

57 En este sentido no es señal de soberbia o negligencia en un alumno que desee saber y aplique todos sus ánimos a la búsqueda de la verdad, si para ello consulta la experiencia de los demás que en épocas pasadas estudiaron y vivieron los mismos temas. Los antiguos han de ser escuchados con atención y respeto. Pensemos sobre todo en el rico patrimonio histórico científico que nos precedió plasmado en la vida de tantos educadores entregados a la investigación...²⁵

58 Queda entonces claro que así como es un deber de justicia oír las partes en un asunto, con sus razones o motivos, antes de fallar en pro de una y en contra de otra, como haría un juez en las cosas humanas²⁶, así

²⁵ "Dum scilicet homo sollicitus, frequenter et reverenter applicat animum suum documentis maiorum, non negligens ea propter ignaviam, nec contemnes propter superbiam" [Mientras el hombre solicita, frecuente y reverentemente aplique su alma a los documentos de los mayores, no será negligente por desidia, ni será despreciado por soberbia] (*S.Th.*, II-II, q. 49, a. 3, ad 2).

²⁶ "Sicut autem in iudiciis nullus potest iudicare, nisi audit rationis utriusque partis; ita necesse est eum, qui debet audire Philosophiam (podríamos aplicar análogamente todo cuanto se dice en este texto también a la teología),

también la conquista de la verdad no es obra de un solo hombre ni de una sola época, sino de toda la humanidad que piensa en y a través de la historia de este mundo - y esta es la esencia genuina de la “quaestio medieval”.

59 Por eso sería injusto desconocer este rico pasado. No podemos hacer tabla rasa de lo que otros dijeron y experimentaron en los campos del saber humano y cristiano. La experiencia enseña que la inmensa mayoría de los hombres, aun de los que se dedican a la ciencia y a la investigación, siguen el camino trazado o señalado por otros, aprenden de la enseñanza de otros como de la propia experiencia²⁷.

melius se habere in iudicando, si audierit omnes rationes quasi adversariorum dubitantium" [Así como en los juicios nadie puede juzgar antes de oír las razones de una y otra parte; así es necesario a aquel que ha de oír la *Filosophia*, que se tendrá mejor dispuesto para juzgar si oye todas las razones como dudando de los adversarios] (*In III Meth.*, lect. 1, n.º. 342).

²⁷ "Intellectualis virtus, secundum plurimum, et generatur et augetur ex doctrina. Cuius ratio est, quia virtus intellectualis ordinatur ad cognitionem: quæ quidem acquiritur nobis magis ex doctrina quam ex inventione. Plures enim sunt qui possunt cognoscere veritatem ab aliis addiscendo quam per inveniendū; plura etiam unusquisque inveniendū ab alio discet quam per seipsum inveniendū. Sed quia in addiscendo non proceditur in infinitum, oportet quod multa cognoscant homines inveniendū. Et quia omnis cognitio nostra ortum habet a sensu, et multoties sentire aliquid facit experimentum, ideo consequens est quod intellectualis virtus indigeat experimento longi temporis" [Mucho se aumenta o genera la virtud o fuerza intelectual a partir de la doctrina. La razón es porque la

60 Cada investigador en la conquista de la verdad, cada sabio o cada época contribuye con su granito de arena, y todos en su conjunto realizan el admirable patrimonio de la ciencia y de la cultura de la humanidad²⁸.

virtud o fuerza intelectual se ordena al conocimiento: el que nosotros recibimos mas a partir de la doctrina que de la búsqueda o invención -inventione: de encontrar-. Pues muchas cosas hay que se pueden conocer a cerca de la verdad aprendiendolas de otro que por el camino del descubrimiento -personal-; muchas cosas cada uno las encuentra aprendiendo de otro, mas que de si mismo. Pero como en el aprender no se ha de proceder al infinito, es necesario decir que muchas cosas sean conocidas por el hombre a travez del descubrimiento. Y como todo nuestro conocimiento trae su origen a partir de los sentidos, y de mucho experimentar una cosa alguien hace el experimento, por ello se sigue que la virtud intelectual necesite del experimento por largo tiempo] (*In II Ethic.*, lect. 1, n^o. 246).

²⁸ "Licet id, quod unus homo potest immitere vel apponere ad cognitionem veritatis suo studio et ingenio, sit aliquid parvum per comparisonem ad totam considerationem veritatis; tamen illud, quod aggregatur ex omnibus coarticulatis, idest exquisitis et collectis, fit aliquid magnum, ut potest apparere in singulis artibus, quae per diversorum studia et ingenia admirabile incrementum pervenerunt" [Aunque aquello que un hombre pueda colocar u ofrecer al conocimiento de la verdad a traves de su estudio e ingenio, es algo pequeño por comparacion a la consideracion total de la verdad; sin embargo aquello que se aglutina co-articuladamente por todos, a partir de la colección de cosas preciosas, se hace algo magnifico, como aparece en las artes singulares que a causa del estudio de muchos y diversos -participantes- alcanzaron un incremento de admirable ingenio] (*In II Meth.*, lect. 2, n^o. 276).

61 La pregunta, entonces, se impone necesariamente a nuestra alma: ¿Cual será la contribución de nuestra generación al conocimiento y al amor que me han de llevar a Cristo?. ¿Cual será mi contribución a la dignificación de una nueva humanidad, conciente de su filiación divina? Cada uno, en lo personal, trate de responder a estos fundamentales interrogantes que forman parte de la vocación académica que deseamos fomentar y cultivar en todos.

62 Ahora bien, en ésta la búsqueda incesante de la verdad, no hemos de buscar cualquier verdad sino, en este particular, solo aquella que salva, aquella verdad que humaniza y dignifica; aquella verdad que nos eleva a una condición mejor y que en definitiva nos hace libres. Es la Verdad que conduce al amor, que el Señor nos prometió y “*que nos hará libres*”²⁹. Una Verdad tan

²⁹ Jn 8:32: “*y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*”. Verdad y libertad, dos cosas, que según la Revelación, están unidas. Este es el bello comentario de Tomás al texto de S. Juan: “*Sed maius est veritatem cognoscere, cum sit finis discipuli. Et hoc etiam Dominus credentibus reddit; unde dicit “Cognoscetis veritatem”, scilicet doctrinae, quam ego doceo; infra xviii, 37: “In hoc natus sum, et ad hoc veni, ut testimonium perhibeam veritati”. Item gratiae quam facio; supra, viii, v. 17: “Gratia et veritas per Iesum Christum facta est”. Et dicitur gratia veritatis per comparationem ad figuras veteris legis. Item aeternitatis in qua permaneo; Ps. cxviii, 89: “In aeternum, Domine, permanet verbum tuum, in generatione et generatione veritas sua” [1198]. Sed maximum est libertatis adeptio, quam efficit cognitio veritatis in credentibus; unde dicit “Et veritas liberabit vos”. Liberare autem, in hoc loco, non importat exceptionem a quacumque angustia, prout in latino sonat, sed proprie*

antigua como nueva y que hace nuevas todas las cosas. La verdad sobre el hombre redimido por Cristo. Es la verdad que es Cristo, Camino, Verdad y Vida de toda empresa educativa.

63 En efecto, creo que todos nos encontraremos de acuerdo en que el fin propio de la educación

dicit liberum facere. et hoc a tribus: quia veritas doctrinae liberabit ab errore falsitatis; Prov. viii, 7: "*Veritatem meditabitur guttur meum, et labia mea detestabuntur impium*"; veritas gratiae, liberabit a servitute peccati; Rom. viii, 2: "*Lex autem spiritus vitae in Christo Iesu, liberabit me a lege peccati et mortis*"; sed veritas aeternitatis, in Christo Iesu, liberabit nos a corruptione; Rom. viii, 21: "*Ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis*" [Pero mejor es conocer la verdad, que es el fin del discípulo. Y esto también el Señor lo enseñó a los creyentes, donde dice "Conoceréis la verdad", a saber, de la doctrina que yo os enseñé; mas abajo en 18,37: "Para esto he nacido, para esto he venido, para dar testimonio de la verdad". Además la gracia que hago; mas arriba c. 8,17: "La Gracia y la verdad por Jesucristo fueron hechas". Se dice gracia de la verdad por comparación a las figuras de la antigua ley. Además se agrega la eternidad en la que permanezco; Sal. 118,89: "Tu palabra Señor permanece para siempre, tu verdad de generación en generación". Pero mas es la adopción de la libertad, que hace el conocimiento de la verdad en los creyentes; por lo que dice: "La verdad os hará libres". Liberar, en este lugar no significa la excepción de cualquier angustia, como suena en latín, sino que propiamente indica el hacer libre a alguien. Y esto en tres cosas; porque la verdad de la doctrina te libra del error de la falsedad; Prov. 8,7: "Mi boca medita la verdad y mis labios detestan al impio", la verdad de la gracia te libra de la esclavitud o servidumbre del pecado; Rom 8,2 "La ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte; pero la libertad de la eternidad, en Cristo Jesús, nos libra de la corrupción; Rom. 8,21: La misma creatura será liberada de la servidumbre de la corrupción"] (S. Tomás, *In Ioan. Evangelium.*, Cap. VIII, Lect. IV, Par. I^a, [n^o 1198-1199]).

universitaria se basa en la concepción del hombre tal y como ha salido de las manos de Dios, tal como procede de la revelación divina explicada por la tradición constante de la Iglesia y por su Magisterio. No está ajeno a este concepto el hecho de que educar implica también esencialmente el crecimiento y radicación de los hábitos virtuosos, también llamados virtudes. Por ello, la universidad también debe indicar un camino moral inequívoco. Esta doctrina, que debe informar todas las normas de formación académica infundiéndoles valor y sentido propios, es como la razón de ser de la Universidad. Es como la verdad fundacional de la formación y que conduce al crecimiento de Cristo en nosotros, a configurar nuestros corazones con aquel del Cristo Maestro.

64 El fundamento sacramental de lo que venimos diciendo está en el bautismo que nos consagró como hijos de Dios, la máxima expresión de la dignidad que el hombre alcanza de la redención que realizó Cristo en favor de todo el género humano.

65 Por ello las distintas áreas de la formación universitaria no serán más que otros tantos aspectos del único ministerio de Cristo. El Cristo Maestro o Docente, el Cristo Pastor, el Cristo humilde y servicial (diácono) no son más que las diversas y ricas facetas del insondable misterio del único Cristo, del Cristo total que se transmiten al hombre redimido y dignificado por los conocimientos que la universidad le infunde.

66 Es a partir de éste cárdine que gira toda actividad dentro de la Universidad. Es en base a ésta profunda razón que un centro de formación superior como éste obtiene su propia justificación y la razón de su existencia.

67 Pues ¿a que serviría una universidad si no condujera al conocimiento y perfección del hombre redimido por Dios? ¿donde terminaría una universidad que estando todo abocada en el cumplimiento de unas normas puramente externas olvidara que nuestro amor y nuestra vida están escondidas con Cristo en Dios, en el estudio que fecunda las inteligencias y abre horizontes infinitos a la dignidad de los hijos de Dios?. ¿De que serviría dicha institución si olvidara que la contemplación prorrumpe en la vida activa como la oración en la vida virtuosa, y todo finalmente en la caridad?.

68 Es absolutamente necesario presentar con toda claridad la profunda interioridad del llamado a la vocación académica como crecimiento interior en la comunión con Dios en la configuración con Cristo y en la docilidad al Espíritu Santo, quien definitivamente plasmará el corazón del investigador como Espíritu Santificador que es.

69 Hemos de decir, sin embargo, que el amor, en las cosas humanas, nace del conocimiento, y por ello se

afirma que el conocer es el inicio del amor, como, en el orden sobrenatural, la fe es el inicio de la caridad, como en el orden de la eterna comunión intra Trinitaria el Verbo espira el Amor.

70 Es entonces, del conocimiento y experiencia de Cristo Jesús que seremos conducidos al Amor del Señor. Si nadie da de lo que no tiene, es, entonces, lógico pensar que llenos del conocimiento y del amor de Dios en Cristo seremos capaces de dar de la plenitud y abundancia de nuestro corazón a los demás.

71 Pues hemos sido convocados a la universidad por una vocación a descubrir. Un conocimiento que proviene de la razón y de la fe. No se trata de una coacción ni de la irruente y arrogante prepotencia despótica de la violencia. Es una simple y sencilla invitación de Jesús: “Vengan y verán” (Jn 1,38). Conocerle será entonces dejarse atrapar por la fascinación del ideal cristiano de la redención. La universidad es un ideal humano-divino de dignificación total. Conocimiento que se identifica con la persona amada -Cristo- por medio de la oración y del estudio, de la contemplación que lleva a la unión mística con Dios en el Espíritu Santo. Por ello hemos de procurar presentar la centralidad del misterio del Cristo Redentor como ideal del educador y del educando en toda su amplitud. Pues, finalmente, Cristo es el verdadero ideal del alumno como del profesor. Se podría decir que el único reglamento válido de una

Universidad ha de ser el que logre plasmar el espíritu del Evangelio, que es “luz de la gentes”.

72 Por otra parte, lo sabemos, nadie es tan sensible como los jóvenes al vacío espiritual que vive nuestro mundo contemporáneo y que se trata de llenar con cosas efímeras que hoy son y mañana ya no. Pero en nadie como en ellos son de temer también las soluciones de la desesperanza: seducción de ideologías mentirosas, promesas locas de experiencias mortales como la droga, rechazo de toda sujeción moral, familiar, social; en último término, renuncia pura y simple a la vida en el suicidio. Quien lleve a Jesucristo, única respuesta verdadera a esta generación, deberá estar sólidamente armado él mismo y haber encontrado en Cristo no sólo la luz para su mente sino la fuerza de su gracia que transformó primero su corazón y -por medio de su ministerio universitario- transflorará también a los demás “en luz del mundo y sal de la tierra”: la verdadera razón de vivir, el verdadero modelo de humanidad a seguir es el Salvador con quien vivir en comunión y a quien hay que “ayudar”, según la expresión tan familiar a Santa Teresa de Avila.

73 Justamente a partir de ahí se perfila la tarea esencial de la universidad, la de los educadores que tendrán que formar los futuros pensadores para las nuevas generaciones, las clases dirigentes, los empresarios, trabajadores cualificados, en definitiva, todas las dimensiones humanas, en los albores del

tercer milenio de la redención.

74 La expresión de Jesús en el Evangelio de San Juan, "*Conocerán la verdad y la verdad les hará libres*" (Jn 8,32), ha de introducirnos en el último punto de esta meditación que consideramos no menos importante sobre las relaciones entre los formadores y los formados, sobre el misterio de la educación. Es el tema de las relaciones entre la Verdad y la Libertad.³⁰

75 Ahora bien, en el versículo de San Juan que

³⁰ Así lo expresa la Iglesia, en su enseñanza: "La verdad que hace libres es un don de Jesucristo (cfr. Jn. 8, 32). La búsqueda de la verdad es una exigencia de la naturaleza del hombre, mientras que la ignorancia lo mantiene en una condición de esclavitud. En efecto, el hombre no puede ser verdaderamente libre si no recibe una luz sobre las cuestiones centrales de su existencia y en particular sobre aquella de saber de dónde viene y a dónde va. El llega a ser libre cuando Dios se le entrega como un amigo, según la palabra del Señor: "Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; sino que os llamo amigos, porque todo lo que he oído del Padre os lo he dado a conocer" (Jn. 15, 15). La liberación de la alienación del pecado y de la muerte se realiza en el hombre cuando Cristo, que es la Verdad, se hace el "camino" para él (cfr. Jn. 14, 6). En la fe cristiana están intrínsecamente ligados el conocimiento y la vida, la verdad y la existencia. La verdad ofrecida en la revelación de Dios sobrepasa ciertamente las capacidades de conocimiento del hombre, pero no se opone a la razón humana. Más bien la penetra, la eleva y reclama la responsabilidad de cada uno (cfr. 1 Ped. 3, 15). Por esta razón desde el comienzo de la Iglesia la "norma de la doctrina" (Rom. 6, 17) ha estado vinculada, con el bautismo, al ingreso en el misterio de Cristo. El servicio a la doctrina, que implica la búsqueda creyente de la comprensión de la fe, es decir, la teología, constituye por lo tanto una exigencia a la cual la Iglesia no puede renunciar. (*Instrucción sobre la vocación eclesial del Teólogo*, Congregación para La doctrina de la Fe , Introducción, P 1)

acabamos de recordar, Jesús relaciona dos elementos - verdad y libertad- que el hombre, a menudo, no ha logrado coordinar bien. En efecto, puede observarse que, mientras que en el pasado prevaleció a veces una forma de verdad alejada de la libertad, hoy se asiste con frecuencia a un ejercicio de la libertad alejado de la verdad.

76 En cambio, una persona es libre -afirma Jesús- sólo cuando reconoce la verdad sobre sí misma. Naturalmente, esto requiere un camino lento, paciente y amoroso a través del cual es posible descubrir progresivamente el propio ser verdadero y el propio rostro auténtico.

77 Precisamente, a lo largo de este camino se inserta la figura del educador en la Universidad que, ayudando con rasgos paternos y maternos (no paternalistas ni maternalistas) a reconocer la verdad sobre sí mismos, colabora en la conquista de la libertad, “signo eminente de la imagen divina” (GS, 17).

78 En esta perspectiva, es tarea del educador, por una parte, testimoniar que la verdad sobre sí no se reduce a una proyección de las propias ideas y de las propias imágenes y, por otra, encaminar al discípulo hacia el estupendo y siempre sorprendente descubrimiento de la verdad que lo precede y sobre la que no tiene dominio.

79 Pero la verdad sobre nosotros está relacionada con el amor hacia nosotros. Solo quien ama posee y conserva el misterio de nuestra verdadera imagen, incluso cuando se nos ha escapado de nuestras propias manos.

80 Sólo educa quien ama, porque sólo quien ama sabe decir la verdad que es el amor. Dios es el verdadero educador porque *“Dios es amor”*(1 Jn 4,8).

81 Aquí está el núcleo, el centro fundamental de toda actividad educativa de la Universidad: colaborar en el descubrimiento de la verdadera imagen que el amor de Dios ha impreso indeleblemente en toda persona y que se conserva en el misterio de su amor.

82 Educar significa reconocer en toda persona llamada a educar, a pronunciar sobre ella la verdad que es Jesús, para que todos como personas podamos llegar a ser libres. Libres de las esclavitudes se nos imponen, libres de las esclavitudes, aún más duras y tremendas, que nosotros mismos nos imponemos.

83 De este modo, finalmente, resulta que el misterio de la educación en la Universidad está íntimamente relacionado con el misterio de la vocación, es decir, con el misterio del nombre con que el Padre nos ha llamado y predestinado en Cristo aún antes de la creación del mundo, pues esta llamada es de amor, amor divino y para toda la eternidad.

María Santísima, Sede de la Sabiduría, Madre de Cristo Maestro, Madre de Dios y de los hombres, les ilumine a todos en sus reflexiones y empeños a lo largo de este año académico 2004-2005.

Muchas gracias por su atención.

Pbro. Dr. Carlos Rubén Terceiro-Muiños

SAN LUIS 2004
A.D. mmmiv TERCER MILenio DE
LA REDENCIÓN DE CRISTO